

### MACHARAVIAYA Y BENAQUE, CUNA DE HIJOS ILUSTRES

Andalucía es una región de contrastes: playas ardientes y montañas nevadas, panderetas que ríen y coplas que lloran, terratenientes y braceros, sabios y analfabetos.

Y, hablando de contrastes andaluces, no podemos dejar de recordar dos nombres correspondientes a diminutos puntitos dentro del mapa de Andalucía que se refunden en un solo punto ya que Benaque, caserío anejo a Macharaviaya, carece de personalidad en lo municipal. Oficialmente basta el primer nombre para que en él quede incluido el segundo; pero una cosa son los mapas y otra son las realidades. El pueblo de Macharaviaya tiene sus caracteres muy acusados, como el de Benaque, sin ayuntamiento ni nada, tiene los suyos. Macharaviaya es la Andalucía señorial y recoleta, Benaque es la Andalucía popular y cantora. Dos teselas en el pintoresco mosaico de la Axarquía. Abajo, en lo más plano, Macharaviaya penumbrosa, nostálgica de opulencia pretéritas y con un recuerdo vivo en la mente de cada uno de sus ciento cincuenta y tantos habitantes, pues que todos allí se consideran descendientes en el espíritu de los tres señores de Gálvez -don Matías, don José y don Bernardo- personajes para un cantar de gesta que en la época del tercer Carlos representaron al rey en tierras aztecas recibiendo de él mercedes y títulos. Oh, el noble don José de Gálvez, marqués de la Sonora y ministro universal de Indias! Oh, el magnánimo don Matías, gobernador y capitán general del reino de Guatemala y virrey de Nueva España! Oh, el glorioso conde de Gálvez don Bernardo, conquistador de Jamaica y de las Bahamas. Es de ver cómo deambulan los tres, ya convertidos en sombras legendarias por las calles de una villa que no se parece a

ninguna otra. Macharaviaya con su iglesia ostentosa que en el siglo XVIII -el de los Gálvez- sustituyó al viejo templo del XVI, iglesia que durante la guerra civil fuera despojada de sus tesoros consistentes en cuadros de Murillo, vasos litúrgicos valiosos por sus metales y por su orfebrería, las barras de plata labrada que sostenía el palio de la custodia, casullas y dalmáticas bordadas, y que en los últimos tiempos ha sido restaurada aunque sin llegar al antiguo esplendor; Macharaviaya con los restos de la mansión señorial y de la Real Fábrica de Naipes, con su monumento a la memoria de los esclarecidos virreyes donde la polución atmosférica actual arrasó el relieve a las letras dejándolo cual otro fantasma de menor estatura en medio de un campo severo, es un pueblo constituido por tres gigantes de piedra rodeados por la población de macharatungos circunspectos con empaque de señores venidos a menos que ya no fabrican naipes ni manufacturan sus tinajas, destinadas a contener la riqueza de un vino exquisito que fueron renombradas en toda España. Pero a ellos, los de Macharaviaya, el presente no les importa tanto como el pasado del que se sienten orgullosos. Allí el sol se pone pronto porque lo acapara la colina en que se asienta Benaque y hay una noche larga que permite a la gente meditar y filosofar a sus anchas. No les preocupa mucho el dinero por estar seguros de ser ricos aunque visitan con sencillez. Sus abuelos les contaron que cuando el prócer Gálvez costeó la erección de la iglesia, quiso dotarla de un pavimento cuyas baldosas serían pesos de plata, proyecto al que el rey Carlos III puso como condición que las monedas estuvieran colocadas de canto por la misma razón que en otros pueblos de tradición parecida se aduce: no querer que su efigie fuese hollada por los pies del pueblo. El señor de Gálvez, considerando excesiva la imposición del soberano, optó por pavimentar el templo al modo usual, mas a fin de que nadie le pudiera motejar de tacaño escondió bajo el piso oro en cantidad suficiente para levantar otro templo en el caso de que el actual se derrumbase. Nadie conoce el lugar que pueda ocupar el supuesto nidial de monedas o de lingotes y, por otra parte, si ya el soberbio edificio resistió los terremotos de la pasada centuria, es lo más seguro que siga en pie hasta fechas no calculables. Y no importa que el oro esté bajo tierra: ellos son acaudalados en recuerdos y además saben vivir con dignidad de señores.



Macharaviaya: La torre de su iglesia.  
(Foto archivo revista "Jábega").

En lo alto de la colina, Benaque canta coplas de verdiales compuestas por sus habitantes que todos nacen poetas, aunque sólo uno de ellos -Salvador Rueda- conociera la fama. Allá en los años cuarenta, el viejo Pedro Períquez me manifestaba de esta espontánea manera su opinión ante el trabajo que acababan de asignarle: "Señores, yo no quería/ que me hicieran manijero./ y me encuentro en este día/ hecho el amo de un pasero/ y "encargao" de las "podrías". Se refería a las pasas ya mosteadas que le habían ordenado vigilar y es ello una pequeña muestra de la versificación innata en estos hombres y mujeres.

Los hijos de Benaque trabajan, tocan, cantan y bailan, todo lo cual realizan de maravilla. Su iglesia es aldeana aunque interesante, calles no se puede afirmar del todo que las haya y el hijo ilustre no es conde ni marqués sino un cantor del suelo andaluz que

hizo su primer viaje a la capital metido en el serón de un borriquillo y que años más tarde, después de revolucionar la poesía con los primeros colores y luces del modernismo y la introducción de nuevas combinaciones métricas, sería coronado en los países de Hispanoamérica como Poeta de la Raza.

Cuando la filoxera dañó los viñedos y las emigraciones argentinas arrastraron gente hacia los muelles, hubo una diáspora de benacurrios y muchas casas quedaron en abandono hasta verse convertidas en marcos de cuatro paredes mochas. A lo largo del siglo XX no han cesado las emigraciones a las grandes ciudades de España con el consiguiente aumento de viviendas abandonadas; pero el sol, íntimo amigo del pueblo de Benaque, siempre hizo lo que pudo para evitarle el aspecto de desolación y así fue como en cada ruina empezaron a salir brazadas de jaramagos amarillos y nidos de lagartos verdes, con lo que el pueblo conservó su alegre rusticidad. Mirando aquellos solares verdecidos, inventó algún benacurrio el cuento de la rana cantora y adjudicó uno de ellos a la heroína del cuento. Y hay otra historia -no cuento, sino realidad- que tiene como heroínas dos hijas de Benaque, primas hermanas ellas, que poco antes de estallar la guerra del 36 contrajeron matrimonio con dos hermanos nacidos en el cercano pueblo de Almachar, Juan Hidalgo España, que fue el esposo de Ana Cisneros Gutiérrez, y Manuel Hidalgo España, que lo fue de Ana Gutiérrez Cisneros. Combatientes ambos en el ejército de la República y, tras la entrada en el pueblo de las tropas del general Franco, fueron ocultados dentro de sus respectivos hogares durante treinta años por sus esposas, las cuales soportaron con valentía y tenacidad esas consecuencias que todas las guerras hacen caer sobre las cabezas de los menos culpables, como fueron los registros, interrogatorios y vejaciones. El final fue feliz y los dos hermanos salieron a la luz del sol.

En la actualidad habitan en Benaque, como en Macharaviaya, alrededor del centenar y medio de personas, entre ellas Ana Gutiérrez, la única superviviente de la patética historia de los hombres emparedados. Viven en calma y placidez y, de vez en cuando, reciben visitas de forasteros que remontan la colina por el gusto de conocer la rústica casa natal del Poeta de la Raza.